

la ocasion de ofrecer un testimonio de reconocimiento á un católico, el Sr. Baron de Saint-Genois, bibliotecario de nuestra Universidad. La asiduidad que pone en satisfacer mis deseos, y hasta en adelantarse á ellos, es más que el cumplimiento de un deber; nace de un sentimiento tan generoso como ilustrado.

Gante, 1.º de Diciembre de 1857.

F. LAURENT.

LIBRO PRIMERO.

LA INVASION DE LOS BÁRBAROS.

CAPÍTULO I.

MISION DE LOS BÁRBAROS.—EL GOBIERNO PROVIDENCIAL Y LA LIBERTAD HUMANA.

Alarico marchaba sobre Roma. Un ermitaño detiene al conquistador, exhortándole á perdonar á la ciudad, y le advierte que la matanza y la carnicería le serán funestas. «No voy á Roma por mi propio impulso, dice Alarico; siento que alguien me impulsa sin darme tregua y me lleva á saquear la ciudad.»

Los Vándalos, al llevar al África la muerte y la devastacion, creian obrar, no por su voluntad, sino por el impulso irresistible de una orden divina; dectanse los instrumentos de la voluntad de Dios. Genserico iba á hacerse á la vela: ¿Adónde iba? No lo sabía. «Señor, le preguntó el piloto, ¿á qué pueblos quieres hacer la guerra? A aquellos, respondió el vándalo, contra los cuales está irritado Dios.»

Atila se tituló á sí mismo el *azoté de Dios*, y el mundo, espantado, confirmó esta denominacion. Solia decir: «La estrella cae, la tierra tiembla, yo soy el martillo del universo.»

La filosofía de la historia acepta esa voz instintiva de los Bárbaros. Sí, la invasión de los pueblos del Norte es un hecho providencial. Esta intervencion de la Providencia en la direccion de los destiños humanos tiene algo de consolador para las almas á quienes entristece el espectáculo del mundo. El Imperio romano presentaba todos los signos de la decrepitud; la sociedad, en plena disolucion, parecia próxima á extinguirse. *Entónces Dios envia á los Bárbaros, devuelve la vida á la humanidad moribunda, y le abre un nuevo y brillante porvenir. Pero si la invasión de los Bárbaros es un hecho necesario, fatal, ¿á qué queda reducida la libertad humana?*

Estudiemos este problema de la libertad del hombre y de la accion divina; no le hay más importante en la historia, y es interesante para el porvenir de la sociedad moderna.

Los antiguos no veian en la grandeza y en la decadencia de los imperios más que un resultado de la fatalidad. Sus dioses mismos estaban sometidos á un destino inexorable: ¿Cómo habian de reconocer la libertad en el desarrollo de las sociedades humanas? El cristianismo introdujo la Providencia en la historia. Pero el dogma de la intervencion de Dios en la vida de los pueblos no resuelve todavía el formidable problema que la antigüedad habia declarado insoluble, viéndose precisada á atribuirlo todo á una ley ciega. Si Dios dirige la marcha de las cosas humanas, ¿á qué quedan reducidas la libertad, la responsabilidad moral? ¿No determina la accion divina los acontecimientos con una fuerza irresistible? Y si todo lo que sucede es necesario, inevitable, ¿cuál será la mision de los hombres?

Las naciones se rigen por las mismas leyes que los individuos; el problema agitado por la filosofía de la historia sobre la conciliacion del gobierno providencial con la libre actividad de los pueblos no es más que un corolario del problema teológico de la libertad y de la gracia. El hombre es libre; pero ¿no existe ningun vínculo entre él y el Creador? ¿Cuál es la naturaleza de esta relacion? La accion incesante de Dios sobre el hombre, que se llama gracia, ¿no destruye la libertad? Estas grandes cuestiones han ocupado la vida entera de uno de los grandes pensadores del cristianismo. En otra parte hemos expuesto la doctrina de San Agus-

tin (1); reconoce la libertad, pero la absorbe en la accion divina. La Iglesia no ha resuelto acerca de la conciliacion de la libertad y de la gracia; pero la tendencia de sus dogmas es á disminuir la accion del hombre para hacer predominante la de Dios. Análogamente la filosofía de la historia, concebida bajo el punto de vista cristiano, anula los pueblos ante la omnipotencia de la intervencion divina. La libertad humana no desempeña ningun papel en la *Historia universal* de Bossuet, como no lo desempeña en el sistema de Agustín. Escuchemos las magníficas palabras del *último Padre de la Iglesia* (2): «Dios maneja desde lo alto de los cielos las riendas de todos los reinos; tiene en su mano todos los corazones; unas veces refrena las pasiones, otras les da rienda suelta, y de este modo agita al género humano. ¿Quiere hacer conquistadores? Envia delante de ellos el espanto. *Cuando llega el momento fatal que desde la eternidad ha fijado para la duracion de los imperios, ó los destruye por medio de la fuerza, ó mezcla en sus consejos un espíritu de vértigo..... Y aun cuando los consejos son moderados y vigorosos, Dios los disipa como el humo por medio de un plan oculto y superior..... Por esto todos los que gobiernan se sienten sujetos por una fuerza superior; hacen más ó menos de lo que se proponen, y sus consejos han tenido siempre efectos imprevistos..... No hay poder humano que sirva, sin proponérselo, á otros planes distintos de los suyos.»*

Bossuet describe admirablemente el papel de la Providencia en la historia; pero á fuerza de exaltar el poder de Dios se olvida del hombre; por mejor decir, no se olvida, sino que quiere humillarlo, anularlo: Dios lo hace todo, el hombre no es nunca más que un instrumento de sus impenetrables designios. ¿Cómo ha podido aquella grande inteligencia desconocer hasta tal punto uno de los elementos esenciales de la naturaleza humana, la libertad? La mision del hombre, lo mismo que la de las naciones, es el progreso de la humanidad; ahora bien, la libertad es la primera condicion del desarrollo de las facultades humanas. Es preciso que los indi-

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la Historia universal* y el *Sermon sobre los deberes de los reyes*, predicado en presencia de Luis XIV.

viduos y los pueblos tengan conciencia de que no los domina ninguna necesidad fatal, que ellos mismos labran su suerte, que de ellos depende el mejorarla y avanzar progresivamente hácia el término de su destino.

¿Quiere esto decir que la libertad de las naciones sea absoluta? El hombre, por el mero hecho de su nacimiento, está sometido al imperio de circunstancias exteriores que le limitan su libertad, determinando más ó ménos sus sentimientos y sus ideas. Lo que es cierto de los individuos lo es también de los pueblos. Montesquieu, y despues Herder, han hecho resaltar la influencia del clima y de todas las causas físicas sobre el carácter, el gobierno, la religion, la civilizacion. Segun el filósofo alemán, el destino del hombre y de las naciones está escrito en su organizacion y en la del mundo exterior: «Somos necesariamente, dice, lo que podemos ser relativamente á los tiempos, á los lugares y á las circunstancias en que vivimos» (1). La influencia de la naturaleza sobre el hombre y sobre las naciones es incontestable; pero los sistemas históricos basados exclusivamente en este hecho han sido acusados, con razon, de fatalismo; si la naturaleza se impone á los individuos y á los pueblos, si determina la marcha que han de seguir á través de los siglos, ya no hay libertad.

Nosotros creemos que el hombre conserva su libertad en medio de la naturaleza. Lo que parece más fatal en su existencia, las circunstancias en que al nacer le coloca Dios, es también un resultado de su libertad, porque las condiciones de la entrada del hombre en este mundo, el imperio que sobre él ejerce el medio en que vive, son una consecuencia del uso que ha hecho de su libertad en una vida anterior. Su libre desarrollo puede encontrar trabas en estas causas; pero su porvenir depende de él y él mismo labra su destino. En este rudo trabajo, los individuos y los pueblos son ayudados por la Providencia. El hombre no está en relacion con Dios únicamente en el momento de la creacion; no deja de estar en relacion con su Creador en toda la infinita duracion de su existencia. La accion incesante de Dios sobre el hombre es la gracia; la accion incesante de Dios sobre la humanidad es el gobierno pro-

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, xii, 6.

videncial. Nunca ha faltado al hombre, áun cuando ha sido culpable, la proteccion divina. Los pueblos están también siempre bajo la mano de Dios; la humanidad pereceria si se viera un momento separada de su Creador. En los individuos la intervencion de la Providencia tiene lugar en la intimidad de la conciencia; en los pueblos se manifiesta en la historia. Sobre todo, en las revoluciones que cambian los destinos del género humano aparece la accion divina para salvar y regenerar el mundo. Tal fué la invasion de los Bárbaros.

Las desgracias y los sufrimientos de la invasion hicieron desesperar á los cristianos; negaron la Providencia. Salviano se encargó de probarles, en su tratado del *Gobierno de Dios*, que aquellos sufrimientos y aquellas desgracias eran la pena de su corrupcion; hizo ver en los Bárbaros los instrumentos de la justicia divina, tuvo el presentimiento de su mision regeneradora (1). Necesitábase una fe profunda en la Providencia para creer en el porvenir de la cristiandad en medio de los horribles trastornos que acompañaron á la muerte del mundo antiguo. A la posteridad le es más fácil alabar la gracia de Dios, porque vive de esta vida nueva que dieron los Bárbaros al género humano.

Bajo el punto de vista cristiano, la invasion es un castigo y un medio de propagar el cristianismo. «Mirad, dice Fenelon (2), esos pueblos bárbaros que hicieron caer al Imperio romano: Dios los ha multiplicado y reservado bajo un cielo helado para castigar á Roma pagana; les suelta la rienda é inundan el mundo. Pero al derribar aquel Imperio se someten al del Salvador; ministros de venganza y objetos de misericordia á un mismo tiempo, son llevados, sin saberlo, como por la mano, ante el Evangelio, y puede decirse de ellos literalmente que han encontrado lo que no buscaban.» La accion regeneradora ejercida por los Bárbaros sólo aparece en segundo término en los escritores cristianos; se manifiesta más en los historiadores y en los filósofos. «El mundo estaba demasiado corrompido, dice Chateaubriand, demasiado lleno de vicios, de crueldades, de injusticias, para que pudiera ser re-

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) FENELON, *Sermon para la fiesta de la Epifania* (t. II, p. 368, ed. Didot).

generado completamente por el cristianismo. Una religion nueva tenía necesidad de pueblos nuevos..... Dios, habiendo fijado su decision, la lleva á cabo» (1).

La invasion de los Bárbaros era providencial. ¿Quiere esto decir que la libertad humana no entra para nada en este gran acontecimiento? *La gracia* deja subsistir la libertad con todas sus consecuencias; así tambien el gobierno providencial no impide que los pueblos obren libremente y sean responsables de sus acciones. Aún cuando no hubiese medio alguno de explicar la coexistencia de la libertad y de la gracia, sería necesario, sin embargo, admitir estos hechos, porque resultan de la naturaleza misma del hombre y de sus relaciones con el Creador. En otra parte hemos tratado de conciliar la gracia con la libertad (2). La conciliacion del gobierno providencial con el libre desarrollo de los pueblos se funda en los mismos principios. El hombre no puede obrar sino con el auxilio del Creador; Dios le inspira la voluntad y el poder. Pero el hombre es libre de resistir á la inspiracion divina, puede hacer el mal; ahora bien, todo mal trae consigo una pena; la pena limita y altera más ó ménos la libertad, y es al mismo tiempo una gracia para rehabilitar al culpable. En cuanto expia, el hombre no es libre, porque no depende de él el dejar de sufrir la pena que ha merecido; pero, aún en este estado, tiene conciencia de su libertad, porque su castigo mismo es una consecuencia del mal uso que ha hecho de ella; siempre depende, pues, de él el volver al camino de la salvacion, y Dios le conduce á él por medio de la gracia.

Consideremos los acontecimientos históricos bajo este punto de vista. La mano de Dios aparece con tal evidencia en la invasion de los Bárbaros que sería preciso ser ciego para negarla. Sin los Bárbaros el mundo romano se hubiera extinguido; ellos lo han regenerado. ¿Quién osaría decir que aquella, inmensa revolucion es producto de la libertad? Los conquistadores de la Europa, ¿hacian al acaso las veces de una providencia? ¿Han salido de sus

(1) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.—Compárese á LEROUX, en la *Enciclopedia nueva*, en la palabra *Igualdad*.

(2) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*, 2.^a edicion.

desiertos y de sus bosques para salvar al género humano? ¿Quién los ha guiado, pues, sino Dios? Pero si la Providencia los enviaba para destruir y regenerar, ¿dónde está la libertad? ¿dónde está la responsabilidad? Las revoluciones más inevitables no destruyen la libertad humana. Sin dejar de ser los instrumentos de la justicia y de la gracia de Dios, los Bárbaros son responsables de sus acciones, segun el grado de desarrollo intelectual y moral que habian alcanzado. La muerte, la esclavitud, la devastacion, eran una necesidad providencial para los Romanos, pero esta necesidad misma era un resultado de su libertad: era un acto de justicia y de expiacion. Insistimos sobre este punto de vista de la revolucion que abre la era moderna; contiene una gran enseñanza, y la leccion se dirige á nosotros, hombres del siglo XIX.

Una deplorable tendencia domina los espíritus. Se acusa á los historiadores de ser fatalistas; á decir verdad, el fatalismo no está en algunos hombres, está en la sociedad entera. Este es el carácter distintivo de las épocas de revolucion. Cuando los Bárbaros invadieron el Imperio romano los vencidos negaron la Providencia; nosotros no negamos la Providencia, pero no la reconocemos, por decirlo así, más que nominalmente. Admitimos la libertad en los individuos y relegamos la gracia á las sutilezas teológicas. En los grandes acontecimientos que tienen lugar á nuestra vista cedemos en apariencia á la voluntad divina; en realidad trasformamos nuestra inercia en una especie de destino. El origen de este fatalismo social se halla en la gran revolucion que ha removido el mundo entero á fines del último siglo. Se empezó por justificar los crímenes que manchan á los hombres del Terror; pero si los crímenes cometidos en nombre de la libertad son legítimos, los que la religion inspira deben ser santos; despues de haber exaltado á Marat se santificó á la Inquisicion. Todo se hace necesario, todo se hace legítimo. ¿Y las sociedades? ¿qué es de ellas? Aprenden á ceder á la fuerza bruta; los atentados más inauditos se legitiman por el éxito; ya no hay derecho ni responsabilidad; la fatalidad reina. Al final de la pendiente funesta, por la que resbalan los espíritus, se encuentran la decadencia, la ruina y la muerte.

La filosofia de la historia, lejos de ser una enseñanza de fatalismo, debe reanimar la actividad y la energía de las naciones, hacien-

do ver adónde conducen la miseria, el abatimiento y la preocupacion de los intereses, de los goces del momento. Más de una vez se han estudiado las semejanzas que existen entre nuestra época y la sociedad romana del Imperio. Ausencia de una religion que posea y dirija las almas, y por consiguiente, disolucion de los vínculos sociales; el individuo no mira más que á sí mismo, á su felicidad, y ésta consiste en la satisfaccion de los apetitos materiales. La sociedad romana se ha dejado arrastrar sin resistencia por la corriente de estas innobles tendencias; olvidó la vida en los placeres; para entregarse á ellos sin interrupcion y con tranquilidad, dimitió sus derechos y los enajenó en favor de los Césares. Verdad es que el Imperio no fué turbado por las agitaciones de la libertad; hubo paz y tranquilidad. ¡Paz vergonzosa! ¡tranquilidad más mortífera que las guerras civiles! Por no haber buscado más que el placer en el reposo del despotismo, los pueblos se envilecieron y corrompieron en términos que no conservaron ningun elemento de vida. No quedaba más que un medio de salvar á la humanidad: Dios envió á los Bárbaros.

¿No verá el siglo XIX su imágen en el estado social del Imperio? Hay, sin embargo, una diferencia que hace mayor nuestra responsabilidad, pero que puede tambien salvarnos. Las naciones antiguas estaban en la infancia, ignoraban su mision y su porvenir, no veian la decadencia y la muerte que les amenazaban; su responsabilidad, por lo mismo, es menor. Hoy los pueblos son soberanos, es decir, han llegado á un grado de civilizacion en que, teniendo conciencia de sí mismos, pueden dirigir sus destinos. Conocen el fin hácia que marcha la humanidad: el perfeccionamiento moral del hombre. El desenvolvimiento físico no es más que un medio: ¡ay de nosotros si lo consideramos como un fin! Si olvidando á la libertad, si olvidando á Dios, la sociedad se entrega por completo á los intereses materiales, el egoismo y la corrupcion que le devoran no tendrán remedio. La humanidad no perecerá; pero perecerán las naciones que se han separado del plan de la Providencia.

CAPÍTULO II.

LOS BÁRBAROS.

§ I.—Estado social de los Bárbaros.

Las poblaciones germánicas han regenerado la Europa, han extendido su imperio ó su influencia por todas las partes del mundo; bajo sus pasos ha germinado en todas partes una civilizacion robusta y progresiva. Los vencedores de Roma se enorgullecen con razon de esta magnífica conquista. El patriotismo alemán se ha dejado extraviar por este orgullo; trasportando lo presente á lo pasado, ha creído encontrar en los bosques de la Germania toda la libertad, inteligencia, moralidad y grandeza que poseen nuestras sociedades. Los conquistadores del siglo V llevaban con orgullo el nombre de Bárbaros que les habia dado la vanidad griega y romana. Sus descendientes rechazan esta imputacion de barbarie; segun ellos los Germanos no tenian de bárbaros más que la apariencia; su vida era sedentaria, agrícola; realizaba lo que tanto trabajo cuesta á las sociedades más avanzadas, el orden y la libertad. Tales son los rasgos generales bajo los cuales pintan los Alemanes á sus antepasados; descendiendo á los detalles, sus pretensiones son todavia más extrañas. Un historiador pretende que los Germanos no se embriagaban con pasion; otro reivindica para la Germania el culto caballeresco de la mujer, tal como se la encuentra en las novelas de la Edad Media (1). Y no sólo las inteligen-

(1) GUIZOT, *Historia de la civilizacion*, leccion VII.